

ropa y mis armas. Si mi viaje se prolonga un poco mas, hubiera tenido que volver á pié con un palo en la mano. Desgraciadamente no he encontrado al llegar un buen hermano que me dijese como aquel viejo de las *Mil y una noches*: "Hermano mio, he aquí mil cequies: comprad camellos y no viajeis mas."

Al salir de la ciudadela nos fuimos á comer, y aquella misma tarde pasamos al Estadio, situado al otro lado del Iliso. Este Estadio conserva perfectamente su forma; pero ya no tiene las gradas de mármol con que lo decoró Herodes Atico. El Iliso está seco. Chandler se escede en esta ocasion de su moderacion natural, y clama contra los poetas que conceden al Iliso un agua límpida y fresca, y ciñen su corriente de sauces populosos. Al través de su mal humor se trasluce la idea de criticar un dibujo de Leroy, que representa un paisaje del Iliso. Soy como el doctor Chandler, porque detesto las descripciones que faltan á la verdad, y cuando un rio está sin agua, quiero que me lo digan. He aquí por qué no he embellecido yo las riberas del Jordan, trasformándolo en un gran rio; sin embargo de que hubiera podido mentir á mi placer, todos los viajeros, y la misma Escritura hubieran justificado las mas pomposas descripciones. Pero Chandler ha llevado muy al extremo su rigor; y he aquí un hecho curioso que me refirió Mr. Fauvel: por poco que se cave en el cauce del Iliso, se encuentra agua, lo cual es bien sabido de las mujeres albanesas; pues cuando quieren lavar la ropa hacen un hoyo y encuentran agua inmediatamente. Es, pues, muy probable que el lecho del Iliso se halla cubierto bajo una capa de piedras y de cascajos desprendidos de las montañas vecinas, filtrando el agua por debajo. Esto es bastante para justificar aquejlos pobres poetas, que tienen la misma suer-

te de Casandra: cantan la verdad y ninguno les cree; acaso serian mas felices si se contentasen con decirlo. Por otra parte, les defiende el mismo testimonio de la historia que habla del agua del Iliso: y si no ¿para qué necesitaba el puente si jamás tuvo agua ni aun en invierno? La América me ha engañado algo sobre el cómputo de los rios; pero no he podido menos de vindicar el honor de aquel Iliso que ha dado un sobrenombre á las musas,² en cuyas orillas arrebato Boreas á Orithya.

Volviendo del Iliso, Mr. Fauvel me hizo pasar por el paraje donde estuvo el Liceo, y luego vimos unas grandes columnas aisladas en el barrio de la ciudad, que llaman *Atenas la Nueva*, ó la *Atenas del emperador Adriano*. Spon quiere que estas columnas sean restos de un pórtico conocido bajo el nombre de las *Ciento veinte columnas*, y Chandler opina que pertenecian al templo de Júpiter-Olímpico. De ellas hacen tambien mencion Mr. Lechevalier y otros viajeros; y los han comprendido en diferentes vistas de Atenas, y sobre todo en la obra de Stuart, que ha copiado el edificio entero sobre el modelo de sus ruinas. Sobre un trozo de arquitrave que une á dos de estas columnas, se ve todavía una casuca, que fué en otro tiempo habitacion de un ermitaño, y no puede comprenderse cómo se la pudo construir sobre el capitel de estas prodigiosas columnas, cuya altura es acaso de mas de sesenta piés. De modo que aquel gran templo, en el que los atenienses trabajaron durante siete siglos, que todos los reyes del Asia quisieron concluir, y que solo Adriano, señor del mundo, tuvo la gloria de acabar; este templo, repito, ha cedido al esfuerzo del tiempo, y la celdita de un solitario ha permanecido en pié sobre

¹ Ilisíadas: tenían un altar que las estaba consagrado en la ribera del Iliso.

sus ruinas. Dos columnas de mármol sostienen en el aire un pobre aposento de yeso, como si la fortuna quisiese hacer alarde, sobre este magnífico pedestal, de un monumento de sus triunfos y de sus caprichos.

Aunque estas columnas son mas altas que los del Partenon, no tienen, sin embargo, su belleza, y ya se advierte en ellas la decadencia del arte; pero como están solas y desparramadas, sin ningun edificio al lado, producen un efecto sorprendente. Me detuve al pié de ellas para oír silbar el viento sobre mi cabeza, semejantes á aquellas palmeras solitarias que se descubren entre las ruinas de Alejandría. Cuando los turcos temen alguna calamidad, llevan allí un corderito y le obligan á que bale, levantándole la cabeza hácia el cielo: no pudiendo hallar entre los hombres la voz de la inccencia, recurren á un cordero para aplacar la cólera del cielo.

Entramos en Atenas por el pórtico, en el que se lee aquella inscripcion tan conocida:

ESTA ES LA CIUDAD DE ADRIANO,
Y NO LA CIUDAD DE TESEO.

Fuimos á devolver la visita á Mr. Roque, en cuya compañía pasamos la velada, y con este motivo ví algunas mujeres. Los lectores que deseen tener una idea del traje, costumbres y usos de las mujeres turcas, griegas y albanesas de Atenas, pueden leer el capítulo veintiseis del *Viaje á Grecia* de Chandler, el cual hubiera yo insertado aquí si no fuera tan largo. Puedo decir, sin embargo, que las mujeres atenienses no me parecieron tan esbeltas ni hermosas como las moraitas. Desagrada á un extranjero la moda de pintarse de azul el cerco de los ojos, y la punta de los de-

dos de encarnado; pero como yo habia visto mujeres con perlas en las narices, que entre los iroqueses es un adorno esquisito, que ya comenzaba á parecerme menos ingrato, veo que no se debe disputar de gustos. Como quiera que sea, las atenienses jamás fueron célebres por su hermosura, y se las acusaba de gustar mucho del vino. La prueba de que no era grande el imperio de su hermosura, es que casi todos los hombres distinguidos de Atenas amaron á mujeres extranjeras; y entre ellos se cuentan á Pericles, Sófoles, Sócrates, Aristóteles y aun el divino Platon.

El dia 25 montamos á caballo muy temprano; salimos de la ciudad y tomamos el camino del Phalereo. Cerca del mar el terreno es un poco elevado y termina en colinas, cuyos recodos forman á Levante y Poniente los puertos de Phalereo, de Munychia y del Pireo. Descubrimos los cimientos de las murallas que cerraban el puerto, y otras ruinas muy confusas, que serian tal vez de los templos de Juno y de Céres. Cerca de aquí tenia Arístides su reducida heredad y su sepulcro. Bajamos al puerto, que es una concha redonda, cuyo fondo es de arena, y podria contener unos cincuenta barcos, que eran precisamente los que Menestheo llevó á Troya.

“Seguíanle cincuenta naves negras.”

Tambien salió Teseo del Phalereo para ir á Creta.

Pourquoi, trop jeune encor, ne putes-vous alors
Entrer dans le vaisseau qui le mit sur nos bords?
Par vous auroit péri le monstre de la Créte, etc.

No son siempre los grandes navíos y los grandes puertos los que dan la inmortalidad; pues Homero y Racine no

dejarán que se pierda el nombre de una rada ó de un barquichuelo.

Del puerto de Palereo pasamos al de Munychia, que es ovalado, y algo mayor que el primero. En fin, pasamos á la punta de una roca, y marchando de cabo en cabo, nos dirigimos al Pireo. Mr. Fauvel me detuvo en el recodo que forma una lengua de tierra para enseñarme un sepulcro abierto en la roca, sin bóveda ya en el día y al nivel del agua. Las olas, segun sus movimientos, lo cubren ó lo descubren, y unas veces está lleno de agua y otras seco. A algunos pasos de distancia se descubren las ruinas de un monumento.

Mr. Fauvel cree que en él se hallaban depositados los restos de Temístocles; pero no se ha seguido esta opinion, objetándole que los restos que yacen esparcidos en derredor, son demasiado bellos para que estos formasen el sepulcro de Temístocles. Con efecto, segun Diodoro el geógrafo, citado por Plutarco, este sepulcro no era mas que un altar.

La objecion no es muy sólida, ni ¿para qué comprender en ana cuestion primitiva á otra cuestion estraña al objeto de que se trata? Las ruinas de mármol blanco, que es donde se cree hallar la dificultad, ¿no podian haber pertenecido á otro sepulcro diferente del de Temístocles? ¿No pudo suceder que, calmados los rencores, los descendientes de Temístocles decorasen el sepulcro de su ilustre abuelo, á quien al principio enterraron humildemente, ó en secreto, como dice Tucídides? ¿No consagraron un cuadro que representaba la historia de aquel hombre grande? ¿Y no se hallaba colocado este cuadro públicamente en el Partenon en tiempo de Pausanias? Temístocles tenia además una estatua en el Prytaneo.

El sitio donde Mr. Fauvel descubrió este sepulcro, se ha-

lla precisamente en el cabo Alcimo, y voy á dar otra prueba mas convincente que la de la tranquilidad del agua en aquel paraje. Plutarco parece haber cometido una equivocacion, pues es preciso leer Alimo, y no Alcimo, segun observa Meursio, citado por Dacier. Alimo era un démos ó aldea del Atica, de la tribu de Leontide, situada al Oriente del Pireo, y sus ruinas se ven en las cercanías del sepulcro en cuestion.¹ Pausanias no dice claramente la situacion que ocupaba su sepulcro; pero Diodoro Periegetes es mas explícito, y los versos de Platon el Cómico, citado por el mismo Diodoro, designan terminantemente el lugar y el sepulcro que descubrió Mr. Fauvel.

“Colocado en un lugar descubierto, tu sepulcro es saludado por los marineros cuando entran y salen del puerto; y si se da allí algun combate naval, tú oirás el choque de las naves.”²

Si Chandler se admiró al contemplar la soledad del Pireo, confieso que lo mismo me sucedió á mí. Habiamos caminado por una costa desierta, habiamos visto tres puertos, y en ninguno de ellos una barca. El único espectáculo que se ofrecia á nuestra vista era el de las ruinas, de las rocas y del mar, sin mas ruido que los graznidos de los alciones y el murmullo de las olas, que estrellándose contra el sepulcro de Temístocles, producian un gemido eterno en la morada del eterno silencio. Arrastradas por las olas las cenizas del vencedor de Gerges, descansaban en lo profundo de estas mismas olas, confundidas con los huesos de los persas. En vano buscaba yo el templo de Venus, la larga galería, y la estatua simbólica que represen-

¹ No quiero callar ninguna dificultad; y sé que tambien colocan á Alimo al Oriente de Phalereo. Tucídides era de esta aldea.

² PLUT., *Vit. Them.*

taba al pueblo de Atenas: la imágen de este pueblo inexorable habia caído para siempre cerca de los pozos donde los ciudadanos desterrados venían á reclamar inútilmente su patria. En lugar de aquellos soberbios arsenales, de aquellos pórticos donde se resguardan las galeras, y de aquellos Agoræ donde resonaban los gritos de los marineros; en lugar de aquellos edificios, que todos juntos representaban á la hermosa ciudad de Rhodas, ya no veía yo mas que un convento arruinado y un almacén. Allí un aduanero turco, lúgubre centinela de la ribera, y modelo de estúpida paciencia, está todo el año sentado en una mala barraca, y pasa meses enteros sin ver llegar un barquichuelo. ¡Tal es el estado triste en que yacen hoy aquellos parajes tan célebres! ¡Quién pudo haber destruido tantos monumentos de los dioses y los hombres? Aquella fuerza oculta que todo lo derriba, estando ella misma sujeta al Dios desconocido, cuyo altar vió San Pablo en Phalereo: *Deo ignato*.

El puerto del Pireo describe un arco, cuyos dos extremos se acercan tanto, que solo dejan un paso estrecho; ahora le llaman *Puerto Leon*, á causa del león de mármol que se veía antes de él, y que Morosini se llevó á Venecia en el año de 1686. Este puerto estaba dividido interiormente en tres conchas, llamadas el Cántaro, el aphrodiso y el Zea: aun se ve una dársena medio cegada, que podia muy bien haber sido el Aphrodiso.

Strabon aseguró que cabían cómodamente cuatrocientos bajeles: Plinio hace subir este número hasta mil; mas ahora bastarian cincuenta barcos para ocuparlo todo, aunque no sé si dos fragatas estarian bien allí, sobre todo en el día, en que se fondea á muchas brazas de cable. Sin embargo, es profundo y abrigado, y una nacion industriosa ha-

ria del Pireo un buen puerto. Por último, el único almacén que se conserva todavía es obra francesa; y si no me equivoco, lo concluyó Mr. Gaspari, cónsul francés en Atenas. De modo que no hace mucho tiempo que los atenienses estaban representados en el Pireo por el pueblo que mas se les parece.

Luego que descansamos un poco en la aduana y en el monasterio de San Espiridion, volvimos á Atenas por el camino del Pireo. En todas partes encontramos restos de la muralla grande. Pasamos por el sepulcro de la amazona Antiope, examinado por Mr. Fauvel, que lo describe en sus memorias. Marchamos atravesando viñas como en Borgoña, y cuya uva comenzaba á madurar. Nos detuvimos en las cisternas públicas, bajo de los oliverales, y tuve el sentimiento de no encontrar ya el sepulcro de Menandro, el cenotafio de Eurípides, ni el templo dedicado á Sócrates; ó si existen estos monumentos, no se han descubierto todavía. Continuamos nuestro camino, y acercándonos al Museo, Mr. Fauvel me hizo reparar en una senda que serpeaba tortuosa por la falda de esta colina, y me dijo que esta senda habia sido practicada por el pintor ruso, el cual iba todos los días á copiar desde aquel punto las vistas de Atenas. Si el génio no es mas que la paciencia, como dice Buffon, mucho debia tener aquel pintor.

De Atenas á Phalereo hay poco mas de cuatro millas, y tres ó cuatro del Phalereo al Pireo, siguiendo las sinuosidades de la costa, y cinco del Pireo á Atenas; de modo que al volver á la ciudad habíamos andado cerca de doce millas, ó sean cuatro leguas.

Como habíamos alquilado los caballos para todo el día, apresuramos la comida, y volvimos á continuar nuestros paseos á las cuatro de la tarde.

Tomando el camino por el lado del monte Hymetto, mi huésped me condujo á la aldea de Angelo-Kipous, donde creía haber encontrado el templo de Venus de los Jardines, apoyado en las razones que él ha espuesto en sus memorias. Es muy probable tambien la opinion de Chandler, que coloca aquel templo en Panagia-Spilotissa, y esta opinion se halla confirmada en una inscripcion. Pero Mr. Fauvel adujo en su favor dos viejos mirtos y hermosas ruinas de orden jónico, que responden á cualesquiera objeciones. He aquí lo que somos los apasionados á las antigüedades; en todo encontramos pruebas de nuestras opiniones.

Después de haber visto las curiosidades de Angelo-Kipous, tomamos el Poniente, y pasando entre Atenas y el monte Anchesmo, entramos en un grande olivar; y aunque no hay ruinas por aquel lado, hicimos, sin embargo, un agradable paseo, discurriendo entre los recuerdos de Atenas. Vimos el Cefiso, que por allí lleva algun agua, aunque sienta decir que cenagosa, y no obstante sirve para regar algunos huertos, manteniendo la frescura y frondosidad, cosa rara en la Grecia. Volvimos atrás por dentro del mismo olivar. Dejamos á la izquierda un cerrito cubierto de piedras, y era Colona, á cuyo pié se eleva la aldea donde se retiró Sófocles, y el paraje donde este gran trágico hizo derramar sus últimas lágrimas al padre de Antigone. Seguimos un buen trecho el camino de Airain, donde aun hallamos algunos vestigios del templo de las Furias: y desde allí, próximos ya á Atenas, estuvimos paseando mucho tiempo por las cercanías de la Academia, sin que quede cosa alguna que dé á conocer ya aquella morada de los sábios. La segur de Sila derribó sus primeros plátanos, y los que tal vez Adriano hizo plantar de nuevo,

tampoco escaparon de otros bárbaros. Ni se halla el altar del Amor, ni el de Prometeo, ni el de las Musas: apagóse todo aquel divino entusiasmo en los bosques donde Platon fué inspirado con frecuencia de un modo tan sublime. Dos pasajes bastarán para dar á conocer el placer y la elevacion que los antiguos hallaban en las lecciones de este filósofo. La víspera del dia en que Sócrates admitió á Platon en el número de sus discípulos, soñó que un cisne descansaba en su regazo. Habiendo la muerte impedido á Platon el concluir el *Critias*, Plutarco llora esta desgracia y compara los escritos de este maestro de la Academia á los templos de Atenas, entre los cuales el de Júpiter Olímpico era el único que no estaba concluido.

Hacia ya una hora que habia anochecido, cuando volvimos á Atenas. Brillaba el firmamento con innumerables estrellas; el aire era puro, diáfano y suave; nuestros caballos caminaban lentamente, y nosotros íbamos meditabundos y silenciosos. El camino que llevábamos era probablemente el antiguo de la Academia, en cuyas orillas estaban los sepulcros de los ciudadanos que murieron por la patria, y de los hombres mas célebres de la Grecia: allí descansaban Thrasybulo, Pericles, Chabrias, Timoteo, Harmodio y Aristogiton. Sublime fué, sin duda, la idea de reunir en un mismo paraje las cenizas de aquellos grandes hombres que vivieron en siglos diferentes, y los cuales, como hijos de una misma familia ilustre, y por mucho tiempo dispersa, habian venido á descansar en el regazo de su madre comun. ¡Qué variedad de ingenios, de grandeza y de valor! ¡Qué diversidad de virtudes y de costumbres se advertia á la primera ojeada! Y estas virtudes que la muerte habia templado, por decirlo así, á manera de aquellos vinos generosos que dice Platon se mezclaban con